

XVI.

EL MORIBUNDO.

Al dejar la posada del Carnero Coronado, que debia recordar á Blas y Roberto multitud de incidentes, habian emprendido nuestros tres caballeros el camino de la Gacelly.

Pero en lugar de seguir directamente hasta el castillo, se detuvieron á la altura de la aldea de Bains, penetrando por las malezas.

Los tres se apearon.

Hasta entonces habian caminado en medio del mas profundo silencio, presa al parecer cada uno de ellos de las mas graves meditaciones.

—Vamos á hacer una buena, dijo Roberto echan-

do la brida sobre el cuello de su caballo; vamos á jugar el todo por el todo, y estas partidas se suelen ganar con mas facilidad de lo que se piensa.

—Nos persigue la desgracia, suspiró Bibandier.

—Calla, dijo Blas; sin tu estupidez estarian las muchachas en el fondo del rio. Ya nos has dado bastante que hacer.

Si hubiesen muerto las tales chiquillas, tendria mos ahora los bolsillos llenos de diamantes.

—Zalamero, amigo mio, replicó Bibandier, no tienes derecho para hablar; tu veneno ha surtido los mismos efectos que mi primera tentativa.

—¡Inbécil murmuró Blas.

—Basta, dijo Roberto; no estamos ahora para disputar. Si trabajamos con fe puede que tal vez consigamos enmendarlo todo. Lo que me agrada en esta partida es que no será muy larga.

—Pero, dijo Blas, si perdemos...

—Como el diablo quiera. Si perdemos nada nos resta ya que hacer en Francia. Tú desfilas por un lado y yo por otro. Bibandier sigue otro camino y comenzamos otra vez nuestros trabajos.

Se detuvo delante de las malezas que daban frente á la aldea, y prosiguió:

—¡Qué triste es esto! Pasan los años y tan mal nos encontramos al fin como al principio.

¡Bahl todos los hombres encuentran en su vida la ocasion de hacer fortuna; no se trata mas que de asirla. Amigos míos, tal vez recobre esta noche nuestra estrella su puesto en el cielo.

—Diablo, dijo Blas.

—¡Te vas á morir! añadió Bibandier.

El Americano hizo un gesto.

Después, levantando la cabeza y señalando con el dedo la última casa de la aldea:

—Si Mr. Protasio Le-Hivain no ha perdido sus antiguos hábitos, replicó, vamos á verle salir ahora mismo y venir hácia aquí á fumar una pipa.

—Pero ¿qué diablo quieres hacer con Mr. Protasio Le-Hivain? preguntó Blas.

Roberto se encogió de hombros.

—¿Piensas, prosiguió, que el marqués de Pontalés vendría gustoso á una cita que nosotros le diéramos en medio del campo después de caída la tarde?

—¡Es verdad, es verdad! dijo Blas. Macrocéfalo nos servirá de escudo. Tal vez sea chistosa la aventura, dándonos motivo para reir.

—¡Bien sé yo que no se reirá él! dijo el Americano, frunciendo el entrecejo. El ladronazo de Pontalés consentirá y seremos ricos.

Bibandier se irguió de pronto.

—Ese sí que lo descuartizaría yo, dijo gravemente. Hasta aquí siempre he sido la víctima; pero ya es tiempo de que cese de serlo.

—Silencio, murmuró Roberto, y atención.

Inclinó la cabeza para ocultarse detrás de las malezas. Sus dos compañeros le imitaron.

La casa del abogado acababa de abrirse y Mr.

Protasio Le-Hivain, llamado Macrocéfalo, se dirigió en persona hácia la espesura.

Su larga cabeza estaba cubierta con un gorro de lana; pero llevaba la levita y el resto del traje de un hombre de importancia.

Paseábase tranquilamente con las manos á la espalda fumando su pipa como de costumbre y meditando á placer algun embrollo.

Comenzaba la noche á hacerse sombría cuando pasó cerca de una maleza.

—Adelante, dijo Roberto dando un salto.

El pobre abogado quiso exhalar un grito al ver aquellas tres fisonomías sobradamente conocidas que de improviso le rodeaban; pero Bibandier le puso su enorme mano sobre la boca.

—Por Satanás, Mr. Le-Hivain, dijo terriblemente, si dais el menor suspiro os estrangulo.

Le-Hivain temblaba.

—Mis buenos señores, balbuceó al fin, mis dignos y queridos amigos, soy muy feliz con volver á veros. Pero la admiración, el sobresalto, el placer...

Sus ojos vagaban de uno en otro.

—Vamos, vamos, dijo Bibandier, que estaba ébrio de alegría por causar miedo á alguno; ya sabemos lo mucho que nos apreciáis; pero dejaos de esas frases sonoras y al caso, porque os necesitamos.

—Os seguiría al fin del mundo, mis queridos amigos, replicó el desgraciado Macrocéfalo; pero sin embargo...

—¡Venid! interrumpió Roberto.

Le-Hivain no aventuró palabra mas, dejándose conducir al interior del bosque. Volvieron á montar á caballo, colocando al abogado á la grupa de Bibandier.

—Marchemos, dijo Roberto, que se colocó á retaguardia para poder hablar con el abogado.

—Si os dirigís al castillo, hizo observar tímidamente éste, os aconsejo que tomeis por el puente de los Houssayes, mis dignos señores, porque desde ayer hay inundacion, y la barca de Port-Corbeau no sirve para maldita la cosa.

—¿Ha muerto Benito Haliga? preguntó Roberto.

—Todavía no, mi buen señor de Blois. Ya sabéis que el pobre loco cree adivinar lo futuro. Hace mas de seis meses que está agonizando y ha predicho que la muerte entraria esta noche en su cabaña.

—¿Y Pontalés? preguntó Roberto.

—¡Oh! ¡está muy bueno, gracias á Dios! Siempre tan astuto como una docena de normandos, siempre severo con la pobre gente. Jesus, mi digno señor de Blois, soy un hombre extraordinariamente pacífico; pero cuando le ví echaros de Penho el, ¡oh! lo confieso francamente, me entraron des eos de romperle el baston en las costillas.

—¿De veras? dijo Roberto. ¿Hasta ese extremo?

—Mis excelentes amigos, dijo, mi digno señor de Blois, mi querido señor Blas, y tambien vos, mi va-

liente señor Bibandier, no podeis comprender el sincero é inmenso afecto que os profeso. Dejaría que me descuartizaran por cualquiera de vosotros.

Bibandier soltó la carcajada.

—¡Esperaba esa salida! exclamó. Pues bien, Mr. Le-Hivain, ya veis que pagamos vuestro leal afecto, puesto que hemos andado mas de cien leguas únicamente por haceros una visita.

—¿Me será permitido preguntaros..... comenzó el abogado.

—Ya tendreis tiempo de eso, Mr. Le-Hivain, interrumpió Roberto. La cuestion importante ahora es saber si estais de nuestra parte ó contra nosotros.

—¡Jesus! exclamó el abogado; ¿yo contra vos?

—Para hablar con franqueza, prosiguió Roberto, queremos acabar con Pontalés.

—¿Supongo que por vias legales?

—Muy legales.

—Pues bien, mi digno Mr. de Blois, mi querido Mr. Blas, mi valiente Mr. Bibandier; soy vuestro, todo vuestro.

En ese momento caminaban á través de los campos, siguiendo sobre poco mas ó menos el camino que Diana y Elena habian recorrido la noche de San Luis, al volver de su expedición á la casa del abogado.

Atravesaron el puente de los Houssayes, cuyos pilares de madera temblaban bajo el creciente es-

fuerzo de la inundacion, y luego siguieron el rio hasta el paso de Port-Corbeau.

Al llegar casi al pié del castillo, Roberto, que marchaba delante, detuvo su caballo.

—Mr. Le-Hivain, dijo, no creais que trabajais en balde, pues pagaremos cada uno de vuestros pasos á un precio fabuloso.

—No obro por interés.

—Escuchad. No teneis que hacer mas que subir al castillo.

—Con mucho gusto. ¿Para qué?

—Para ir á buscarnos á Mr. de Pontalés, con el cual quiero tener una entrevista.

El abogado movió la cabeza.

—Con el mayor gusto subiré al castillo, respondió, pero no creais que adelantareis gran cosa. Pontalés es muy solapado. Vive en el otro castillo para hacer decir por las cercanías que guarda las consideraciones debidas, y que la casa de los Penhoel espera aún á sus antiguos señores en el caso que éstos quieran pagar el precio del rescate.

—¿Y no hay nadie en el castillo?

Macrocéfalo señaló con el dedo la fachada, en que no brillaba mas que una luz.

—Nadie, respondió, á no ser un antiguo criado encargado de la barca, y que ocupa las habitaciones inferiores. Todo es pura farsa. La puerta del castillo permanece abierta, y Pontalés repite á quien quiere oírsele, que espera ver á los señores de Penhoel entrar en la casa de sus abuelos.

Roberto no escuchaba, aparentando reflexionar sobre ese contratiempo.

—Pero si quereis, añadió Macrocéfalo, tomaré uno de vuestros caballos y no dejaré de galopar hasta Pontalés.

—Es preciso que la entrevista se verifique aquí, dijo Roberto.

—Bien; os traeré á ese hombre.

El Americano observaba cuidadosamente al abogado, que conservaba su fisonomía tranquila ó inocente.

—Zalamero, dijo, aun no deben haberse acostado en la próxima granja. Vé á buscar al muchacho Francin, y si te preguntare algo dí que se trata de los intereses de Penhoel.

Bias se internó en los senderos que conducian á la granja.

—Mi buen señor Le-Hivain, prosiguió Roberto, depositamos toda nuestra confianza en vos; pero se necesita mas de una hora para ir y volver de Pontalés, y pasan tantas cosas por la imaginacion durante ese tiempo! Quedaos con nosotros; Francin llevará la carta que vais á escribir á Pontalés.

—¿La carta? repitió Le-Hivain. ¿Cómo quereis que escriba entre estas malezas?

Roberto indicó con el dedo el resplandor que brillaba á través de las ramas de los castaños.

—La cabaña del viejo Benito nos servirá para esto; no se necesitan testigos.

Estaban á unos cincuenta pasos cuando mas de

la cabaña. Bibandier se deslizó entre las ramas de la espesura y desapareció para volver al momento.

—¡El pobre anciano no nos molestará! dijo desde lejos.

¡Ha muerto!

—¡Tomaos el trabajo de entrar! Somos los dueños de la cabaña.

Los tres se introdujeron en la cabaña, cuyo interior sombrío y ahumado no estaba alumbrado mas que por una pequeña resina situada á la cabecera del lecho.

El anciano Benito estaba tendido boca arriba con los brazos en cruz, los ojos abiertos y frio. No respiraba.

Roberto fué á tomar la resina, colocándola cerca del agujero que servía de chimenea.

—Enciende lumbre, Bibandier, dijo, porque Mr. Le-Hivain parece que tiene frio.

En efecto, el abogado temblaba. La aventura iba siendo algo lúgubre, y se preguntaba cuál sería el desenlace.

Estaba sentado lo mas lejos posible del lecho, volviendo la espalda al muerto.

Bibandier echó en el hogar un haz de leña seca. Cuando se levantó la llama clara y brillante, acercó el Americano su escabel con un movimiento de bienestar no equívoco.

—Refrescan las noches, dijo, y el fuego comienza á ser muy agradable. ¿Teneis con qué escribir, Mr. Le-Hivain? Yo no tengo mas que papel sellado.

Macrocéfalo le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Os admira eso? prosiguió el Americano. Esta noche vamos á tratar un negocio muy formal. Pontalés nos ha jugado en otra ocasion una mala pasada, pero nunca falta la revancha con que poder desquitarse. Colocaos lo mejor posible y procurad escribir sobre las rodillas.

Le-Hivain habia sacado de su bolsillo tintero, pluma y papel.

—Os aseguro, replicó Roberto, que por un momento he pensado visitar yo mismo á ese bribon de Pontalés. Seria mas sencillo. Pero tal vez pudiera entrar en ese endiablado castillo y no salir de él. Prefiero tratar los negocios por correspondencia. Escribid.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo Macrocéfalo.

—¿Qué vamos á decirle?

—Si fuera un hombre de vuestra edad, insinuó Bibandier, pudiéramos hablarle de amores.

—Cállate, interrumpió Roberto. Escribid. "Señor marqués..." ¡Qué diablos! Mr. Le-Hivain, no sois ya un niño; escribid de manera que se pueda leer.

El abogado se frotó la oreja.

—¡A estas horas! murmuró, y el dia que espira el plazo! El marqués se dirá, y con razon: ¿por qué no viene Mr. Le-Hivain?

—Es preciso encontrar un medio.

—Yo, dijo Bibandier....

—Calla; Mr. Le-Hivain, dijo Roberto, sois un hombre de recursos.

—Sois muy galante, mi digno amigo; pero es tan desconfiado Pontalés! Esperad, replicó de pronto golpeándose la frente; creo haber hallado....

—Decid.

—Hay una cosa que haria á Pontalés levantarse de la cama aun cuando estuviera agonizando, dijo el abogado; el nombre del primogénito de Penhoel.

—¡Es verdad! observó Roberto sonriendo.

—Justamente se habla en el país desde hace dos ó tres meses de la vuelta de Mr. Luis, prosiguió Macrocéfalo; ya comprendéis, uno de esos rumores que se estienden sin saberse por qué ni cómo. Voy á decirle que se trata de sucesos graves en que se halla mezclado Luis de Penhoel.

—Decid eso, Mr. Le-Hivain, replicó Roberto, y tal vez no mintais tanto como creéis.

La pluma del abogado, que ya corria por el papel, se detuvo.

—¡Cómo! balbuceó, sabéis....

Bias volvió con Francin.

—¡Acabad la carta!

El abogado cerró su misiva, entregándosela al aldeano, que partió á galope creyendo servir los intereses de los antiguos señores de Penhoel.

En cuanto se hubo alejado, púsose Roberto pensativo, y Macrocéfalo intentó en vano reanudar la conversacion.

Era una noche de noviembre negra y fria; oíase

gemir el viento entre las malezas, y el agua, saliendo de su cauce, pasaba con estrépito lamiendo la cabaña.

En el interior de ésta reinaba el silencio.

Macrocéfalo, que tenia el oido atento, se levantó aterrorizado, creyendo oir un débil gemido exhalado en el lecho mortuario.

Pero nuestros tres caballeros le obligaron á sentarse de nuevo.

El pobre Benito Haligan seguia inmóvil en su lecho con los brazos cruzados y la mirada fija.

Al cabo de una hora oyóse á lo lejos el ruido de dos caballos.

Nuestros tres caballeros se ocultaron precipitadamente detrás de la puerta, y el abogado permaneció solo cerca del fuego.

Un momento despues entró en la cabaña el anciano marqués de Pontalés.

Habia depuesto su habitual sonrisa, y parecia estar de un humor detestable.

—¿Qué significa esto? exclamó desde el dintel; ¿por qué esta entrevista, y desde cuándo no queréis molestaros en ir á buscarme?

Macrocéfalo hacia grandes saludos. Tal vez se hubiera visto embarazado para contestar, si nuestros tres caballeros no le hubiesen evitado este trabajo.

En efecto, Pontalés cesó de preguntar, porque la puerta se habia cerrado violentamente tras él.

Se volvió sobresaltado y reconoció de una ojeada á las personas con quienes iba á tratar.

—¡Un lazo! murmuró.

Luego añadió sin saber que hablaba:

—Ayer me escribía mi hijo que estaban todos en Paris.

—Vaya una reflexion pobre para un hombre de vuestro talento, replicó Roberto riendo. ¿No sabeis que un cuarto de hora antes de morir vivia aún Mr. de la Palisse? Pero olvidábamos estrecharos las manos, mi querido marqués, é informarnos del estado de vuestra salud.

Pontalés parecia una zorra cogida en la trampa; bajo sus párpados medio bajos veíanse sus pupilas agitadas vivamente.

Roberto, Bias y Bibandier se dirigieron á él sucesivamente, tendiéndole la mano. Respondió maquinalmente á esta irónica atencion.

—Señores, balbuceó, vosotros sin duda habeis inducido á Mr. Le-Hivain á darme esta cita.

—Si nos hubiérais dejado nuestro hermoso castillo de Penhoel, querido marqués, replicó Roberto, no nos veriamos obligados á recibiros en tan miserable albergue.

¡No hicisteis entonces mala jugada! Lléveme el diablo si en mi vida he visto nunca tanto aplomo. Los gendarmes, la filiacion en la policia, todo estaba admirablemente combinado. Pero tomaos la molestia de sentaros, señor marqués; tenemos muchas cosas que deciros y podriamos cansaros de pié.

Pontalés se sentó.

—Procedamos sin plan ni método, prosiguió el Americano, cuyas libres maneras contrastaban con la turbacion del marqués; no me disgusta ese desorden que hace hablar tan pronto de una cosa como de otra. Hablávais de vuestro hijo; apreciable jóven que se divertia mucho en Paris. Ayer habeis recibido carta suya; nosotros podremos daros noticias muy recientes.

—¿Lo habeis visto despues? preguntó el marqués, procurando tranquilizarse.

—Ignoro cómo deciros, añadió Roberto, que un contratiempo horrible.....

El marqués era padre y levantó la cabeza con inquietud.

—Cuando los jóvenes son valientes, prosiguió el Americano, suelen tener querellas, duelos.

—¡Un duelo!

—Un duelo estraordinariamente desgraciado, mi querido marqués de Pontalés. El primogénito de los Penhoel le introdujo en el pecho tres pulgadas de acero.

El marqués se levantó de pronto como si hubiera experimentado un choque galvánico. Macrocéfalo no pudo menos de imitarle.

Nuestros tres caballeros, sentados juntos, mecian sus piernas cruzadas, conservando una calma perfecta.

—¡El primogénito de Penhoel repitió el marqués con voz trémula, ¡el que desapareció hace

veinte años! ¿No me engañan mis oídos? ¿Hablaís de Luis de Penhoel?

Al pronunciar este nombre se escapó un suspiro del lecho.

Macrocéfalo vaciló.

—¡El muerto se despierta! dijo.

Bibandier y Blas estaban pálidos; Roberto se encojió de hombros.

—Cuando quieran los vivos, dijo lentamente, volverán á dormir los muertos.

Todos, sin embargo, dirigieron hácia el lecho estraviadas miradas.

Como si el anciano Benito hubiese querido protestar contra esta amenaza, se le vió agitarse entre las ropas para incorporarse un poco.

—Hoy es, dijo con cavernosa voz. Muchos días y muchas noches hace que esperaba este momento. La mano de Dios pesa sobre mí; ¡no veré la vuelta de Penhoel!

Todos guardaban un silencio glacial. El mismo Roberto, á pesar de su estremo valor, no lo tenía para desplegar los labios.

—¡Había contado mis horas! prosiguió el anciano. Sabía que la enfermedad no tendría tiempo de darme la muerte. ¡Lo había dicho! ¡lo había dicho! El desconocido vino en una noche sombría y de inundación..... en otra noche sombría y de inundación volverá..... ¡Penhoel! ¡Penhoel! el que matará tu cuerpo y tu alma va á robarme la vida.

Cada una de sus palabras salía de la boca con mas trabajo.

No había en la cabaña un solo pecho que no estuviera oprimido.

—¿Quién ha dejado abiertas las puertas del castillo? prosiguió el anciano barquero, cuya voz se hizo mas vibrante. Veo entrar por ellas á los que nunca debieron salir. Las que se creían muertas tienen en torno de sus lábios la sonrisa de la vida.

“Penhoel no busca sus niñas entre las Hijas de la Luna que se deslizan bajo los sauces.

“¡Y cómo palpita el corazón del ausente al respirar el aire del querido país!

“Las lágrimas se han secado en los ojos de la santa mujer. Hay un recién nacido en una cuna adornada de flores.”

Una estraña sonrisa animó su fisonomía; balbuceó aún algunas palabras que no se pudieron entender, y su pesada cabeza volvió á descansar sobre la almohada.

Un prolongado silencio reinó en la cabaña; luego el Americano acercó su escabel al del marqués.

—Cuanto ha dicho ese viejo loco es verdad, señor marqués. La obra que tan penosamente habéis edificado á costa de traiciones y mentiras, está minada por su base. Marqués, tal cual me veis vengo á traeros la ruina ó la salvación. A vos toca escoger.